

## MI TRATO CON LA POESÍA EN EL EXILIO<sup>1</sup>

---

Por el título de mi intervención, fácil es suponer que no me propongo examinar lo que significó y significa, en la historia de la poesía española, el capítulo que de ella escribieron los poetas del exilio. Pero no será ocioso recordar que, con excepción de dos o tres grandes que permanecieron activos allá, y de los que quedaron mudos para siempre por el silencio que les impuso la muerte, la poesía que se escindió de España se mantuvo — fuera de ella — a la altura — a la gran altura — de las circunstancias. León Felipe dijo pronto, en versos inolvidables, que los poetas del exilio se habían llevado con ellos la canción. Y aunque como él mismo habría de reconocer más tarde la canción volvió a escucharse con nuevas voces en la España martirizada, cierto es que durante largos años la grandeza de la poesía española estuvo en el exilio.

Hay que recordar, asimismo, que sus voces mayores llegaron a estas tierras con una obra reconocida y admirada que, lejos de apagarse o debilitarse, habría de enriquecer aún más. Y es que el exilio, durante un largo periodo, habría de ser tierra fértil para la poesía.

Del núcleo de poetas que hicieron fluir en estas tierras su poderoso caudal creativo no podían formar parte, ciertamente, los jóvenes que apenas podían ofrecer una obra balbuciente y desconocida en su patria. Por lo que a mí toca, puedo decir que la vocación poética que yo sentía al pisar suelo mexicano se había encarnado en vísperas de la Guerra civil en un libro, *El pulso ar-*

---

<sup>1</sup> 1993. Incluido en el volumen *A tiempo y destiempo*. México, FCE, 2003.

*diendo*, escrito a mis veinte años en España, que vería la luz en Morelia, Michoacán, en 1942. Y a esa vocación respondían algunos romances recogidos en el *Romancero general de la guerra de España* (Valencia, 1937). Hasta ahí mi incipiente cosecha poética.

Dejando a un lado unos sonetos de *El pulso ardiendo*, en la revista *Taller* de Octavio Paz, mi trato con la poesía en el exilio se inicia apenas llegado, con un poema en verso libre, "Elegía a una tarde de julio", que se publicó en la revista *España Peregrina* (núm. 6, 1940). Cerca del final de la década de los cuarentas escribo una serie de sonetos, treinta aproximadamente, en los que se expresan los sentimientos de dolor y nostalgia que, en aquellos años, inspiraban a gran parte de la poesía del exilio, junto con la visión o sueño de la tierra perdida y la esperanza en su recuperación. Estos sonetos han permanecido inéditos, en su mayoría, hasta hoy. Sólo doce fueron publicados en México, en el suplemento de *El Nacional*, dirigido entonces por el entrañable poeta y amigo Juan Rejano. Años más tarde, en la década de los cincuentas, algunos de ellos y otros inéditos aparecieron en el *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles en México*, y serían recogidos en dos libros colectivos aparecidos en España: la *Antología de poetas andaluces*, de José Luis Cano, y la *Antología de la poesía malaqueña contemporánea*, de Ángel Caffarena. En ambos casos lo importante para mí no era tanto el reconocimiento poético que significaba, sino el gesto solidario que, por venir de España, no podía ser más reconfortante. Después de estos sonetos, publico aquí y en España un poema en verso libre, "Afirmación de amor", y dos textos poéticos inéditos: uno, leído en un homenaje a León Felipe al cumplir sus setenta y cinco años, y otro, escrito a unas horas de la muerte de Emilio Prados, el poeta y amigo al que desde mi lejana juventud estuve tan entrañablemente unido. Este poema ha quedado hasta hoy en estado de borrador.

Voy a detenerme ahora en algunos de los sonetos que más directamente respondían en mi caso a la experiencia vivida en el exilio, sobre todo en los tiempos en que más profundamente se experimentaban los sentimientos de nostalgia, tristeza, dolor

y esperanza. De ellos citaré unas muestras en que se dibuja el perfil de este hombre concreto que es el desterrado y llega con esta condición a la vejez y a la muerte:

*El desterrado*

El árbol más entero contra el viento,  
hélo en tierra, deshecho, derribado.  
Congregando su furia en su costado,  
el hacha lo dejó sin fundamento.

La torre que besaba el firmamento  
— ¡oh, sueño vertical, purificado! —  
con todo su volumen desplomado  
tan sólo de la muerte es monumento.

Y tú, desnudo y leve junco humano,  
contra el viento amarillo del olvido,  
contra todo rigor, estás erguido.

Torre humana o árbol sobrehumano,  
contra el hacha, en el aire levantado,  
sin raíz ni cimiento, desterrado.

La idea de que la muerte pone fin a la existencia del desterrado, pero no a su destierro, se encuentra en este soneto:

*Desterrado muerto*

En la huesa ya has dado con tu empeño.  
¡Cuánta furia se queda sin batalla!  
Enmudece la sangre; el pecho calla  
y tu dolor cabalga ya sin dueño.

La tierra es tu mansión; la sepultura,  
el albergue final de la jornada.

Por testamento dejas tu pisada,  
la dulce huella de tu mano pura.

El destierro no para con tu muerte  
que, implacable, dilata tu destino,  
bajo la tierra misma prolongado.

Tú no descansas, no, con esta suerte  
de muerte enajenada; con el sino  
de estar bajo la tierra, desterrado.

En otro soneto, que toma su título del primer verso “Al dolor del destierro condenados”, para el desterrado no hay otro criterio, medida o fundamento de su propia existencia: del amor y el odio, de la memoria y el olvido, de la verdad y la mentira, que el destierro mismo:

Al dolor del destierro condenados  
—la raíz en la tierra que perdimos—,  
con el dolor humano nos medimos,  
que no hay mejor medida, desterrados.

Los metales por años trabajados,  
las espigas que puras recogimos,  
el amor, y hasta el odio que sentimos,  
los medimos de nuevo, desbordados.

Medimos el dolor que precipita  
al olvido la sangre innecesaria  
y que afirma la vida en su cimiento.

Por él nuestra verdad se delimita  
contra toda carroña originaria  
y el destierro se torna fundamento.

Como en gran parte de la poesía del exilio de esos primeros años —que ya eran diez, aunque aún faltaban más de veinte para

llegar a su fin —, los ojos del poeta se vuelven a cada momento a la tierra que ha perdido. La nostalgia —teñida de esperanza—, que aflora a cada instante en la vida real, inspira este soneto:

*Nostalgia*

Como río que pierde sus riberas  
mi corazón invades. Yo te siento  
en cuanto se repliega el pensamiento  
hacia sus más recónditas laderas.

Quema tu paso, queman tus hogueras  
y la razón se queda sin sustento.  
El alma la modela el sentimiento  
y se exaltan las viejas primaveras.

¡Oh ciega fuente de melancolías  
que se lleva tan sólo nuestro olvido  
y nos deja tan sólo la tristeza!

¡Cómo mueres en mí todos los días  
y en tu niebla recobra su sentido  
la España a la que vuelvo la cabeza!

Pero la mirada del exiliado no es sólo la imagen nostálgica o la idealización de lo perdido, sentimiento inevitable para compensar la pérdida de su raíz y su desarraigo temporal, mientras recupera su tierra o echa raíces en la nueva. Con su nostalgia e idealización, está también la cruda y dolorosa visión de la tierra perdida como asiento del crimen, la tortura y el terror. Y de ahí que la nostalgia, la imagen idealizada, dejen paso al grito y la denuncia. A estos sentimientos e ideas responde el soneto titulado “Tierra de dolor”:

¡En qué región del aire, por qué mares  
— ¡oh latitud humana del tormento! —

tuvo el crimen tan claro yacimiento  
y la muerte más vivos hontanares?

¿En qué bosques las hachas seculares  
gozaron de tan largo valimiento?  
¿Dónde tuvo el dolor mejor cimiento?  
¿Dónde el llanto tan pródigos lagares?

Labrador de la muerte que en mi tierra  
sólo con sangre riegas sus terrones  
y con huesos abonas nuestro suelo,

¿qué esperas cosechar si nada aterra  
a quien sabe encontrar a borbotones,  
en el terrón más duro, su consuelo?

Aunque el desterrado ansía también el amor, la vida, la belleza, la ternura, estos sentimientos en quien, como él, ha sido aventado a lejanas tierras por un huracán de dolor y violencia, los vive el poeta del modo especialmente contradictorio que se ha querido expresar así:

Ser un río de amor que se derrama  
hasta inundar la tierra más distante,  
y alimentar su ausencia a cada instante  
y en su fuego abrasarse cual retama.

Ser un tronco de vida que se inflama  
aunque el metal más frío se levante,  
y comprobar que un hacha agonizante  
hace del corazón trágica grama.

Ser la mano que toca la belleza  
y tener que apartarse de su lado,  
para ver las humanas cicatrices.

Ser un árbol de sangre y de pureza,  
y tener que vivir desarbolado  
como el árbol que vive sin raíces.

Si en el tiempo se teje nuestra existencia, y ésta requiere una medida que no es la fría y objetiva de los relojes, esa medida —aunque se perdieran todas las demás— sería para el desterrado su propio dolor. Ésta es la idea a la que el poeta quiere darle cuerpo en el soneto que titula “Reloj del alma”:

Si el tiempo se quedara sin medida  
porque todo reloj encaneciera,  
y de pronto su huella se perdiera  
y nadie la encontrara retenida;

si la imagen del tiempo en nuestra vida  
quedara sin su efigie verdadera;  
si en vano se buscara una frontera,  
forma a la eternidad desconocida;

si el tiempo fuera como noche oscura,  
eterna confusión, sima insondable,  
el alma regiría lo abolido.

Tomando por medida su aventura,  
por cuadrante un dolor interminable,  
se mediría el tiempo desmedido.

El desterrado espera y desespera. Pasan los días, los meses y los años. Pero, en el paso corrosivo del tiempo, por este piélagos de sueños incumplidos, en la entraña misma de este esperar desesperado, hay que saber esperar esperanzado y no sacrificar la fidelidad a lo que da sentido, valor y razón de ser a la existencia del desterrado. Es lo que se pretende hacer valer en el soneto titulado “Yo sé esperar”.

Si para hallar la paz en esta guerra  
he de enterrarlo todo en el olvido,  
y arrancarme de cuajo mi sentido  
y extirpar la raíz a que se aferra;

si para ver la luz de aquella tierra  
y recobrar de pronto lo perdido,  
he de olvidar el odio y lo sufrido  
y cambiar la verdad por lo que yerra,

prefiero que el recuerdo me alimente,  
conservar el sentido con paciencia  
y no dar lo que busco por hallado.

que el pasado no pasa enteramente  
y el que olvida su paso, su presencia,  
desterrado no está, sino enterrado.

Si en el terreno moral el exilio se puso a prueba y se afirmó en la defensa de los ideales de libertad y justicia, en la lealtad a la causa por la que se luchó, en la solidaridad sin regateos y en la entrega seria y responsable en el trabajo, cualidades con las que se estaba a la altura de la grandeza y la generosidad de México, en la esfera política no faltaron las actitudes divisionistas que tanto daño hicieron durante la guerra. Con esas manifestaciones de furor cainita se relaciona este soneto en el que —y tal es su título— “El poeta pregunta”:

Pisando estoy la arena movediza  
porque vivo en la duda, en el tormento,  
de buscar y no hallar un fundamento  
a tanta sinrazón escurridiza.

Si en la noche una mano canaliza  
un torrente de duro sufrimiento,  
y una muerte y un solo pensamiento  
siembra el crimen que torvo se desliza,



¿qué frenesí?, ¿qué sinrazón explica  
la mortal trayectoria de esta uñas  
dentro de nuestros corazones?,

¿qué delirio salvaje justifica  
el odio que remata en estas cuñas  
en lugar de buscar otras regiones?

Finalmente, ¿cómo se siente el exiliado que ha perdido su tierra en la nueva que lo acoge generosamente? ¿Acaso descubre que lo perdido se encuentra o prolonga en esta tierra de la América hispana? Una respuesta a esta cuestión puede desprenderse del soneto “La tierra que pisamos”:

Cuando vivo el destierro, la mudanza  
de ser en esta tierra un peregrino,  
y el corazón incita en el camino  
a encontrar una tregua en esta andanza;

cuando siento que el alma no descansa  
aunque el cuerpo desdiga su destino,  
y el andar se convierte en duro sino  
cuyo norte es tan sólo la esperanza,

comprendo que mi vida está fundada  
en no afirmar las plantas en el suelo  
donde tengo la vida trasplantada.

¡Oh tierra que me ofreces tu consuelo!:  
dejándome seguir mi derrotero,  
más cerca estoy de ti, más prisionero.

Volvamos a la pregunta anterior. ¿Cómo se siente el poeta exiliado en estos años de vivir en vilo, sin raíz, en el aire, sin poder asentarse en el suelo que pisa? Se siente “un peregrino” (recuérdese el título de la primera revista del exilio: *España Peregrina*) y, en el primero de los dos tercetos, su actitud es categó-

rica: “[...] mi vida está fundada / en no afirmar las plantas en el suelo”. Para terminar, dirigiéndose a la tierra que generosamente lo acoge: “dejándome seguir mi derrotero, / más cerca estoy de ti, más prisionero”.

Esta poesía —y en general toda la que aquí se ha mostrado— ¿es una poesía del destierro o del “transtierro”?

Cierto es que, en esos primeros años del exilio aún no se conocía el neologismo con que José Gaos pretendía expresar la actitud del exiliado que, en la América hispana, no se siente desterrado, sino “transterrado”, en cuanto que en ella encuentra o recupera —trasplantada o prolongada— su España. Ahora bien, esa actitud no es la que expresa mi poesía de esos años. Mucho tiempo después de haberla escrito, me he atrevido a impugnar el término y el concepto gaosianos en diversos textos. En ellos sostengo que el destierro no es un “transtierro”, en el sentido de simple trasplante o continuidad que permite rescatar o recuperar lo perdido. La tierra que acoge al español que se ha quedado a-terrado (sin tierra), sin raíz ni centro, no es su tierra, aunque con el tiempo —y tiempo no faltó— llegará a ser suya, pero lo será no por un don que le cae a su llegada, sino en la medida en que echa nuevas raíces, crece con ellas y desde ellas se integra sin dejar de ser fiel por ello a sus orígenes. Lo que hará, en definitiva, que por esta doble raíz su exilio no tenga fin.

Mi trato con la poesía en el exilio responde emocional e imaginativamente a la misma actitud que, más tarde —reflexivamente—, he considerado propia de quien, como el desterrado, vive en vilo, sin centro ni raíz, mientras no recupera la tierra perdida o gana otra: la que lo ha acogido generosamente y a la que se integra —ahora podemos decirlo cincuenta años después— para siempre.